

Innovar, filmar, designar

Melania Sánchez Masià y Álvaro Yebra García

La realidad y las palabras que la designan suelen ir de la mano —en confiar en ello reside el poder comunicativo del lenguaje—, aunque no siempre sucede así: unas veces lo inédito nos impone inventarle un nombre y, otras, lo bautizamos reciclando algún término ya existente, a cuyo referente la novedad nos recuerda; igual que los cronistas del Nuevo Mundo que acompañaban a los conquistadores, que, al verse sin palabras para llamar a las exóticas especies recién descubiertas, recurrían a los nombres de criaturas de leyendas previas o dilataban el significado de sus nombres de frutas, dioses o árboles. Hoy estos trasvases semánticos son un fenómeno cotidiano debido a las nuevas tecnologías y, si *lápiz* o *ratón* significan ahora mucho más que en la era analógica, existe un abismo entre lo que era entonces y lo que ya llamamos *cine*.

El cine vive hoy una auténtica transformación con Internet y la revolución digital. Se propaga por miles de pantallas de toda clase y esto pone en crisis sus estructuras, al tiempo que surgen nuevos modos de crear, difundir y compartir las obras y aparecen formatos mutantes en el audiovisual. La demanda aumenta, pero la oferta en el mercado no acaba de dar con modelos a su medida. La industria, desconcertada, trata de cambiar el paso ante los retos y las amenazas del contexto actual. Y, mientras, desde los márgenes, un sinfín de prácticas en red y con presupuestos desafiantes están creando (el) cine con otras herramientas. Nuevas tecnologías y tácticas de guerrilla que nos plantean un nuevo campo de batalla para el séptimo arte, inevitablemente enredado y cuyas armas son 2.0.

A todo ello está dedicado el Cuaderno de este número, donde los autores abordan la distribución en línea, la producción colaborativa, las estrategias de *crowdfunding* o las narrativas transmedia y *crossmedia*. Prácticas en alza, que requieren de neologismos y cursivas para nombrarlas, pero que llegan con fuerza para asentarse y que normalicemos sus nombres (como el caso del término transmedia, al que los editores decidimos retirar la cursiva en vista de su asimilación). Y prácticas que, ante todo, son una realidad, según se recoge en los textos en primera persona de los profesionales (directores, productores, distribuidores), que complementan este Cuaderno con la confesión de sus experiencias en los nuevos modos de hacer cine.

La sección de (Des)encuentros la destinamos a las jugosas relaciones del cine con el espacio expositivo y los museos. Un diálogo rico, cada vez más común, entre dos categorías que se cruzan expandiendo sus fronteras sobre el que reflexionan diversos especialistas que trabajan en la materia. A estas relaciones también se refiere en el Diálogo José Luis Guerin, un cineasta que indaga, más allá de la idea y de la forma, en la especificidad y las implicaciones de las diferentes pantallas que recrean el cine. Completa el número la habitual miscelánea de Puntos de Fuga, que incluye como guarnición al Cuaderno sendos artículos desde los márgenes del *cine enredado*, sobre cómo las nuevas tecnologías han cambiado la forma en que nos (auto)representamos y han popularizado géneros (auto)biográficos hasta ahora en la periferia. ■